que de ellos se hacen á nuestra vista; porque ignorando su origen y significación, se califican como meros adornos que realzan el arte; y aun á las veces sucede que se prefiere ser artista, cuando convendría ser cristiano.

Ojalá que vuestro Diccionario se convierta en una especie de manual de esos símbolos, donde el clero adquirir pueda, no sólo una ciencia limpia de toda suerte de impurezas, sino un claro conocimiento que le fortalezca en su fe y le haga formar vigoroso juicio, bastante á preservarle de cuanto se oponga á las verdaderas tradiciones de la Iglesia.

Con una autoridad que no tengo, os dirán algunos que habéis merecido bien de la ciencia, lo cual honrará á mi diócesis; pero á vuestro obispo es más grato saber que prestado habéis un gran servicio á la Iglesia al publicar un libro en el cual se encuentran unidas inquebrantable fe y delicada crítica, y un gusto literario todavía más delicado, á un profundo sentimiento religioso.

Recibid, señor canónigo, la expresión más afectuosa de este humilde servidor en N. S.

† JOSEPH, *Obispo de Belley.*

PRÓLOGO

DE LA SEGUNDA EDICIÓN.

I. Favorable acogida y benévolo juicio ha merecido del público la primera edición de este Diccionario: los respetables miembros de nuestro ilustre episcopado, no sólo bien lo reciben, sino que le prestan su valioso apoyo: los hombres eminentes por su saber, con gusto lo aceptan; y los órganos de la publicidad, periódicos y revistas literarias y científicas, nacionales y extranjeros, le dedican sus columnas, y desde ellas le tributan inacabables elogios. Y merced á la suma de tan poderosos como variados votos, nuestro modesto libro adquiere crédito y fama ante el público religioso é ilustrado.

Superior el éxito á sus esperanzas, el autor no podía, no, olvidar la deuda de reconocimiento contraída, ni la obligación de introducir mejoras en su obra; así es que se consagra á ella con ardor y entusiasmo, felicitándose de que los años transcurridos desde la primera aparición del Diccionario han sido por él aprovechados para completarlo y perfeccionarlo, haciéndolo digno del aprecio y estimación que se le concediera. Ha vuelto á consultar cuidadosamente libros y monumentos; ha seguido sin descanso y con anhelosa atención los descubrimientos y progresos realizados en la materia objeto de su estudio; y, por último, ha recurrido al claro talento y amabilidad de los maestros de la ciencia, y obtenido sus consejos y poderosa ayuda. Nombre eminente sobresale, entre todos, en las páginas de este libro: el del sabio comendador De'Rossi, indiscutible príncipe, en lo sucesivo, de la arqueología cristiana. Cuanto el autor debe á sus obras y á las complacencias de su envidiable amistad, se resume en el homenaje del agradecimiento que el poeta tributó á la Musa que lo inspirara: *si placeo, tuum est.* (Horat. *Carm.* IV, III, 24.)

Otro arqueólogo, M. Edmond Le Blant, consagrado especialmente á las antigüedades de la Galia, siempre se mostró dispuesto, con incomparable y plausible solicitud, á entregarle los tesoros de su erudición y á prestarle desinteresado concurso. Interesantes datos, preciosas noticias han facilitado distinguidos sabios, á los cuales se les envía desde aquí el más elocuente testimonio de inmensa gratitud: M. el barón de Witte, miembro del Instituto; M. Fr. Lenormant, profesor de arqueología en la Biblioteca Nacional; M. Ant. Héron de Villefosse, conservador agregado del Museo del Louvre; M. el marqués Melchor de Vogüé, tan conocido por sus trabajos sobre las iglesias de la Tierra Santa y sobre los edificios religiosos y civiles de la Siria central; los profesores Delvigne, en Malinas, Kraus, en Bonn, y otros muchos, son á los que nos referimos.

II. ¿Qué ventajas ha conseguido el autor con los elementos enumerados, y qué diferencia establecen esas ventajas entre la edición anterior y la presente? Esto es, precisamente, lo que vamos á explicar.

Aunque en el fondo no hayan sufrido alteraciones, casi todos los artículos primitivos del Diccionario han sido reformados, y los restantes, ó se modificaron ó ganaron en extensión.

En cuanto á los artículos nuevos, cuyo número es asaz considerable, no son en su mayor parte, aunque bajo epígrafes especiales, sino corolarios ó apéndices aislados de las cuestiones capitales de la primera edición, de las que se ha estimado conveniente separarlos, á fin de evitar artículos pesados y difusos por lo extensos: además, la experiencia demuestra que la división de los asuntos enseña.

Vean ahora los lectores cuáles son las innovaciones más notables, siquiera estos detalles resulten tocados de cierta aridez.

1.° La gran importancia de las ceremonias que, en la antigüedad, precedían, acompañaban y seguían á la administración del bautismo, ceremonias que la Iglesia ha conservado reduciéndolas ó abreviándolas, exigía noticias particulares sobre ciertas cuestiones secundarias, mencionadas de manera breve ó por ligeras alusiones en el artículo principal, como, por ejemplo, el agua bautismal y las fórmulas para su bendición en las dos Iglesias, las albas bautismales ó vestiduras blancas de los recién bautizados, el cirio bautismal, las promesas, las renuncias, etc., cosas todas de indiscutible valor, pero del cual muchas personas no tienen ni la más ligera idea.

2.° El artículo *Catacumbas*, al que hubo necesidad, dada la importancia del asunto, de hacer muy extenso, pero que, á pesar de esto, objetos y cosas con aquéllas relacionados, se encontraban esparcidos aquí y allá en el cuerpo de la obra; por exigirlo así el riguroso orden alfabético, y para facilitar al lector completo conocimiento del gran sistema de cementerios de la Roma subterránea, se han empleado numerosas citas ó llamadas que le auxilien en ese estudio. Un deta lle faltaba en el saliente cuadro: la historia de Santa Cecilia, del descubrimiento de su cripta, de las distintas traslaciones de sus reliquias, y la de sus imágenes; historia estrechamente enlazada con la del cementerio de San Calixto: asunto tan lleno de atractivos, es claro que debía ocupar preferente sitio en esta nueva edición.

3.° La piedad de los primeros cristianos hacía que, con un celo y cuidado á las veces perjudicial, buscasen con afán, para la propia sepultura, un lugar inmediato, ó lo más cercano posible, á aquellos donde descansaban los restos de los mártires ó de los Santos en general. Esta práctica ocupaba pocas líneas en la primera edición, y sólo se mencionó en el artículo *Sepulturas:* relaciones más extensas se adicionan hoy bajo el título *Ad sanctos,—Ad martyres.*

4.° La naturaleza de un Diccionario cuyo papel se reduce principalmente á la exposición de generalidades, no permite que todos los monumentos que acaban de descubrirse sean objeto, en sus páginas, de minuciosos detalles: en ese caso se encontrarán sólo aquellos que, por determinados caracteres, pueden alterar las reglas generales ó cambiar de algún modo los principios fundamentales de la ciencia: esos deben estudiarse aparte. Y escogido lugar ha de darse, asimismo, á los que, aun no presentando particularidades de la índole citada, ofrezcan, sin embargo, marcado interés histórico ó artístico, capaz de atraer la atención de un público ilustrado. Esto es lo que sucede con un notable monumento: la basílica de Santa Petronila y de los Santos Nereo y Aquiles: de ahí la detenida relación de su reciente descubrimiento, hecho que constituye uno de los acontecimientos arqueológicos más memorables de nuestra época. Esta relación figura, como es natural, en el artículo que estudia las basílicas cristianas.

5.° El culto de la Cruz, capitalísima cuestión incidentalmente tratada en la edición primera, ha sido en ésta objeto de extenso artículo, en el que se encuentran datos poco conocidos relativos á la práctica y ceremonias de ese culto, usadas en las diferentes Iglesias, sobre todo en las Iglesias orientales.

6.° También demandaba ciertas particularidades el artículo dedicado al culto de los Santos: cuestiones allí tratadas han recibido alguna ampliación, entre otras, las peregrinaciones y romerías, los *graffiti* ó inscripciones piadosas trazadas cerca de las tumbas objeto de la veneración popular, los niños (oblatos) que durante los primeros siglos eran consagrados por las familias

cristianas, desde tierna edad, al servicio de Dios, y, por último, la *fenestella confessionis*, abertura practicada en la parte superior de la celda subterránea donde reposan los santos cuerpos, y donde se colocaban los fieles para dirigirles sus oraciones. Respecto á los mártires en particular, su número, sus suplicios, las tradiciones cristianas del Coliseo convienen con cuanto se dice en diversos lugares de esta obra, y con las investigaciones históricas á que, en este asunto, se ha dedicado el autor.

7.° Algunos datos acerca de los palimpsestos vienen á completar las nociones antes expuestas relativas á los *notarii*, á los *librarii*, á los diferentes sistemas gráficos de los antiguos, y, sobre todo, respecto al papel que desempeñaban los monjes dedicados á copiar libros de la antigüedad clásica y cristiana.

8.° El Diccionario contiene varios artículos concernientes á las agapas y á las comidas en general de los primeros cristianos; pero no nos habíamos detenido en una costumbre todavía frecuente entre nosotros, y de la que se encuentran vestigios hasta en los tiempos más remotos de la historia: nos referimos á la costumbre de beber por la salud de alguno. La natural curiosidad de conocer aun los más íntimos detalles de la vida privada de los antiguos, quedará satisfecha con el nuevo trabajo que á esa costumbre se dedica, bajo el título *Propinare Philotesia.*

9.° Natural era, asimismo, estudiar el origen de los vasos sagrados en general y la disciplina vigente en la materia, antes que tratar de cada uno de esos vasos en particular, y esto, precisamente, es lo que se ha hecho en la nueva edición. (Artículo *Vasos sagrados.*)

10.° Los menologios de los Griegos, á menudo citados en nuestros libros litúrgicos y hagiológicos, equivalen á nuestros martirologios y á nuestros calendarios: dotados de interés, hemos juzgado conveniente dar á conocer sumariamente su origen y su uso en la Iglesia griega.

Los himnos, dichos *cánones*, que forman uno de los elementos esenciales de los oficios en la citada Iglesia, requerían especial artículo, nuevo también, como verán los lectores, y adicionado con apuntes biográficos de los himnógrafos ó poetas que se dedicaban á la composición de los himnos: ese estudio, como el particular de los himnos, no dudamos serán del agrado de los lectores.

11.° El conocimiento, por el estudio adquirido, de los orígenes de la literatura cristiana, es de absoluta necesidad para los eclesiásticos y para los literatos. Extracto poco extenso sobre la *patrología*, esto es, sobre las obras de los Santos Padres y escritores sagrados de los cuatro primeros siglos, facilitará, siquiera concisamente, la clave de esa importante ciencia.

12.° Tampoco podían pasarse en silencio algunas cuestiones históricas, aunque entre ellas y las materias propias del Diccionario no existiera conexión ni enlace. Tal es, por ejemplo, la historia de la legión llamada Fulminante, ó sea el relato de la victoria alcanzada por Marco Aurelio sobre las tribus bárbaras del Danubio, triunfo conseguido por la intervención divina y contradictoriamente interpretado por cristianos y paganos; pues bien: las noticias como ciertas admitidas por los escritores que de ese hecho se ocuparon, debían ser examinadas y juzgadas por la severa crítica, y esto es lo que hemos procurado tratar en el artículo *Legio Fulminatrix.*

III. Una frase contenida en el prólogo de la primera edición, ha dado lugar á que reputados críticos de cierta escuela la interpreten de tal modo, que, si bien su juicio lleva consigo discretos elogios para el Diccionario y para su autor, no podría en silencio pasar sin que se considerase aprobada.

Obedeciendo á un doble sentimiento de desconfianza de sí mismo y de sumisión á la Iglesia, que existir debe en todo católico y que se impone especialmente al escritor sagrado, creyó el autor que debía, de antemano, desaprobar los defectos de lenguaje ó de doctrina que, á su pesar, escaparan á su pluma; porque, no obstante las precauciones más rectas y escrupulosas, es fácil que en volumen donde se tocan múltiples y variadas cuestiones, se deslicen palabras ó frases, ó inexactas ó inconvenientes: esto es lo que el autor quiso decir.

Apoderados los citados críticos de semejante declaración, por la integridad y rectitud literarias como por el respeto á la fe religiosa dictada, se supuso en el autor la intención sistemática de que los monumentos y los textos sometidos quedaran á las exigencias de la ortodoxia, sin esperar, en caso de existir señaladas contradicciones, las consecuencias de los trabajos científicos que por tal manera veríanse postergados; esta sutileza ponía en tela de juicio la buena fe del autor, que, sin embargo, no rechazara la atrevida afirmación si de él únicamente se tratase; pero se dijo, en tesis general, que «todo sacerdote católico está obligado á ser ortodoxo, aunque haya de dar interpretaciones contrarias á lo admitido por la ciencia, cuando se ocupe de particularidades relativas á las antigüedades cristianas» (*Boulletin des Commissions royales d'art et d'archéologie*, de Bruselas, 4.º año, pág. 348), y esto es, indudablemente, aislar, incapacitar al clero entero, reclamando para los librepensadores el privilegio exclusivo de tratar aquellas materias arqueológicas, á un tiempo de gran interés religioso. M. el abate Delvigne, en excelente trabajo que viera la luz en la *Revue générale de Bruxelles*, en Febrero de 1866, combatió con energía la errónea y absurda pretensión: el sabio profesor la rechaza empleando incontestables argumentos, y destruye con dignas protestas la ofensa inferida á la honra del orden eclesiástico y á su legítimo derecho de conocer y discutir lo científico.

Pero las aseveraciones del crítico de Bruselas han tenido en Francia opositores, cuyo testimonio y juicio son irrecusables, porque no se trata de personas sospechosas por sus simpatías hacia el clero. Hombre distinguido por preclaro talento y á quien separan de nosotros esenciales puntos de doctrina religiosa, escribía al autor con una sinceridad que en gran manera le honra: «Vuestro Diccionario me ha parecido en extremo conveniente y útil..... Lo he recomendado á cuantas personas interesan las materias de sus páginas. Pronto emitiré mi juicio respecto á esta obra en artículo que se publicará en la *Revue de deux Mondes*..... Lejos de opinar como M. F., creo que *las personas más competentes para estudiar las antigüedades cristianas son los sacerdotes católicos*, y las razones que yo exponga á favor de este pensamiento, me parece que á todos convencerán.» (Carta de M. Emile Burnouf. Nancy, 13 Nov., 1865). Algunos meses antes (30 En., 1865), un diario de París, nunca defensor de la Iglesia, la *Presse*, se expresaba en estos términos en artículo dedicado al Diccionario. «Para llevar á cabo esta empresa, para escribir este libro, *indispensable es ser sacerdote*, aparte de ser ilustrado y erudito.» Estas opiniones, expuestas por los que nunca se preciaron de apologistas de la Religión ni de sus ministros, bastan para restituir al clero sus derechos en esta clase de asuntos.

Otra observación, digna de ser tenida en cuenta, se ha dirigido al autor. Algunas personas aficionadas al estudio de la historia eclesiástica, hanse extrañado de que apliquemos el título de *santo* á Clemente de Alejandría. Cuestión ésta discutida por teólogos y sabios, no tratamos nosotros de ponerla término; pero, partidarios de aquellos que se pronunciaron por la santidad del gran doctor, explicaremos las razones en que nos apoyamos al adoptar esta actitud.

Con respecto á la grande erudición del célebre sacerdote de Alejandría, tanto se ha dicho, que apenas si podemos añadir ni una palabra. Con frecuencia cita Clemente en sus trabajos los Libros santos, y Casiodoro asegura (*De instit. div.*, lib. 8) que había comentado algunos. Pero como la misión que se había impuesto era la de contender con los paganos y confundirlos con argumentos sacados de su propia literatura, de su teogonía, de su culto y de su historia, es, por ello, que de preferencia estudiara textos paganos, y á este tenor sus conocimientos no los tuvo ningún otro Padre de la Iglesia. Cálculo hecho por notables eruditos respecto á los libros que componían la biblioteca del sabio doctor, y cuyos resultados trae Petit-Radel (*Recherch. sur les biblioth. anc.*, pág. 25), nos da una idea de sus lecturas. Si exceptuamos á Ateneo, que menciona más de novecientos autores, ningún otro sabio de aquella época habrá leído tan gran número de libros: Clemente cita 600 autores, cuando Strabon sólo habla de 221, y el mismo Plutarco

sólo se refiere á 509, por numerosas y variadas que sean las materias tratadas por este eminente polígrafo.

Pero á nuestro objeto hace menos la erudición que la piedad y las virtudes de Clemente de Alejandría. Bajo este doble punto de vista, honrosas son las manifestaciones hechas á su favor por la antigüedad eclesiástica, siendo brillante el concierto unánime de verdaderas lumbreras de las dos Iglesias que le conceden sus elogios: basta evocar nombres como los de San Jerónimo, San Teodoro, San Cirilo de Alejandría, y sobre todo, el de su discípulo San Alejandro, obispo de Jerusalén (Euseb. *Hist. eccl.*, VI, 14. Cf. Greppo. *Notes sur les premiers siècles chrétiens.*, página 99).

Ninguno de los antiguos Padres de la Iglesia ha censurado sus doctrinas; por el contrario, múltiples elogios hacen la apología de su ortodoxia. Cítase, sin embargo, un decreto del Papa Gelasio, que en Concilio celebrado en Roma en 494, había anatematizado algunas obras de nuestro escritor; pero la pontifical censura parece caer sobre escritos apócrifos de este Padre (ó tal vez se trate de otro Clemente). *Opuscula alterius Clementis Alexandrini apocripha*. La mayor parte de los críticos modernos creen que ese decreto se refiere á la Hipotiposis de Clemente, que los herejes habían falsificado.

Sea de ello lo que quiera, si la Iglesia griega no venera como santo á este Padre, no sucede igual entre los Latinos. En el martirologio de Usuard, cuyas actas han respetado otros, especialmente el de París, se lee el 4 de Diciembre: *Alexandriæ, sancti Clementis Alexandrini, qui in divinarum eruditionum scholis quam maxime floruit*, y el título de Santo no le ha sido jamás disputado, que sepamos, más acá de los Alpes: los mismos bollandistas manifiestan la pena que les causa el que haya sido borrado del martirologio romano por Baronio (du Sollier, *Not. sur S. Clément*, en la edic. de *Usuard* de 1714). En un prefacio ó prólogo al mismo martirologio romano, el sabio Papa Benedicto XIV se limita á declarar que no había razones de fundamento para restituir en aquel martirologio el nombre del santo doctor. Pero allí precisamente donde este Pontífice encontraba dudas, nuestro discreto Tillemont aduce hechos que conviene tener en cuenta para llegar á la deseada solución (Tillemont. *Mém. d'hist. eccl.*, t. III, pág. 195): «Hemos dicho que su fiesta se indica el 4 de Diciembre en varios martirologios; y aunque su nombre no se lee en el romano de Baronio, esta omisión no ha impedido el que en el oficio de la Iglesia de París figuren varios pasajes de sus obras, y que la misma le haya concedido el título de Santo. Roma mostró, en un principio, cierta extrañeza, pero cedió á la autoridad de Usuard, y hasta se manifestara sorprendida porque Baronio no lo incluyera en el suyo, siendo así que Usuard lo traía ha tiempo en el martirologio ordinario de la Iglesia, y además se encontraba admitido en otros puntos.»

IV. Poco puede decirse ya de otras reformas hechas en esta nueva edición: correspondiente índice analítico facilitará á los lectores noticia bastante sobre lo más interesante de cada uno de los artículos de esta obra. Este trabajo, modelo de paciencia, se debe á la amabilidad y galantería de M. Vialliez, canónigo honorario, profesor de historia en el seminario de Belley.

Con un fin análogo se ha estimado conveniente la adición de una tabla de grabados, cuyo número pasa de cuatrocientos, sobre los de la primera edición. También debemos expresar amistosa y reconocida gratitud á M. el comandante Sériziat, que nos ofreciera su hábil lápiz, dedicado mucho tiempo hace al dibujo de lo antiguo. Casi todos los nuevos grabados están por él ejecutados, y algunos inéditos fueron tomados de los monumentos de Argelia, en cuyas posesiones africanas residió algún tiempo el indicado comandante.